

ciosamente en batalla en la plaza principal de la ciudad: su compañía de granaderos, destacada en la puerta de Francia, tuvo la misión de detener á todo individuo que tratase de entrar ó salir.

En tanto que la autoridad militar, temerosa de una tentativa del exterior, vigilaba detrás de las puertas cerradas de la ciudad, los conjurados que habían salido de Befort, temiendo ser perseguidos, huían á la desbandada. En medio de aquel desorden nocturno, Joubert y el teniente Carrel llegaron á la principal fonda del arrabal, donde no encontraron más que á Guinard y á Scheffer, que les anunciaron el aborto del complot y la dispersión de los conjurados. Añadieron que Corcelles y Bazard habían ido al encuentro de Lafayette y de su hijo á fin de hacerles retroceder. «Si nos encontramos aún aquí, es porque no sabemos adonde ir; y además, no podíamos abandonar el uniforme del coronel Pailhès, explicó Guinard riendo y señalando al traje que, en la precipitación de su marcha, el coronel se había dejado olvidado en una silla. Joubert cogió el uniforme y lo hizo desaparecer; volvió á subir al coche con Guinard, Scheffer y el teniente Carrel y tomó el camino de Mulhouse. Poco después llegó Kœchlin, se enteró de los acontecimientos, corrió en busca de Argensón, á quien encontró en el camino, y ambos se fueron á Masseveaux. Al día siguiente, la gendarmería, con ayuda de los agentes de la fuerza pública de cada localidad, prendió en torno de Befort á una porción de jóvenes que no habían tenido tiempo de alejarse. Lafayette y su hijo, más afortunados que aquellos jóvenes, se encontraron con Corcelles y Bazard cerca de Lure, y enterados por éstos del abortamiento del complot, cambiaron inmediatamente de dirección y se fueron á Gray, residencia de uno de sus amigos, llamado Martín, ex diputado de la extrema izquierda, en casa del cual podían permanecer algunos días, dando esta visita como objeto de su viaje y sin dar motivo á las acusaciones de la autoridad. Su carruaje sólo llevaba algunas horas de delantera al de los hermanos Scheffer. Al llegar á Lure, fué enterado, á su vez, de los acontecimientos. Ary Scheffer deja que sus compañeros vuelvan á tomar á toda prisa el camino de París, continúa resueltamente su ruta para averiguar la suerte de su hermano Enrique, de quien se decía que había sido preso, entra en Befort, y no piensa en su propia seguridad hasta después de haber adquirido la certidumbre de que su hermano está en salvo. Manuel pudo enterarse del abortamiento de la conspiración y detenerse cuando aún no había andado más que la tercera parte del camino.

La instrucción del proceso provocado por esta conjuración fué difícil y lenta. Los reos más gravemente comprometidos habían huído todos, y los jóvenes detenidos en Befort ó en sus inmediaciones, desconocidos de los dos ó tres militares que consentían en ayudar á la justicia, se negaban á contestar ó negaban con energía su complicidad en ningún complot. La acusación carecía absolutamente de testigos; no tuvo arma alguna en sus manos hasta después del arresto del sargento Tellier, capturado en una posada de Suiza, junto al cadáver de su compañero de fuga, el sargento primero Watebled, que por escapar á los gendarmes acababa de pegarse un tiro. Tellier era el reo sobre quien pesaban mayores cargos: su activa participación en los aconteci-

mientos de la noche del 1.º al 2 de enero era incontestable; la orden de tomar las armas había sido dada públicamente por él. Una vez en la cárcel, la necesidad de su salvación le arrancó confesiones incompletas, las cuales, añadidas á los informes dados por el comandante de la plaza y por el sargento, autor involuntario del aborto del complot, permitieron al fin dar consistencia á la acusación. El 22 de julio, después de una instrucción de siete meses, Tellier y veintidós de los cómplices que el pedimento fiscal le atribuía, comparecieron ante la Audiencia de Colmar. Los acusados eran cuarenta y cuatro: veintiún contumaces y los veintitrés comparecientes que á continuación se citan:

Pailhès, coronel de la ex guardia imperial; Dublar y Guinán, oficiales de reemplazo; Roussillón, oficial á media paga; Brunel, doctor en medicina; Paulín, Canisy, Pance, Rouen, Grenier, Salveton y Dubochet, estudiantes de derecho; Buchez y Vernière, estudiantes de medicina; Grometty, teniente; Tellier, sargento; Battisti, oficial de bagajes; Saint-Venant, Gosselin, Frache y Pacquetet, sargentos primeros; Chotteau, sargento del 29.º de línea, y Netzer, sargento de húsares.

En sus confesiones á medias, contestadas con energía, á pesar de su reserva, por todos los conjurados presentes, Tellier no había pronunciado más nombres que los del coronel Pailhès, Dublar y Roussillón; no existía contra los demás reos ningún cargo directo y preciso. Ninguno de ellos era designado por las declaraciones del teniente coronel del 29.º y de los dos capitanes que habían dado aviso á este jefe. La declaración del comandante de la plaza no alcanzaba más que á los seis oficiales contumaces Peugnet, Manoury, Brue, Pegulu, Desbordes y Lacombe. En cuanto á los demás testigos, sus contestaciones á las preguntas del presidente no eran propias para disipar las tinieblas que envolvían á la conjuración; la mayor parte de ellos habían alojado ó recibido á los reos; éstos se habían dejado ver públicamente; el mismo coronel Pailhès había atravesado, vestido de uniforme, parte de la ciudad en la noche del 1.º de enero, y salido por la puerta de Francia á la vista de los soldados encargados de guardarla, y, sin embargo, no se alzó ninguna voz para revelar estos detalles. Paisanos y militares, amos y criados, hombres y mujeres y hasta los soldados de la guardia, todo el mundo declaró resueltamente que no sabía nada ni conocía á nadie. El 13 de agosto, Tellier, el coronel Pailhès, Dublar y Guinán, declarados culpables de complot contra la seguridad del Estado, fueron condenados á cinco años de prisión, á la vigilancia de la policía y al pago de costas. Los otros diez y nueve acusados fueron absueltos.

Pocos días antes de la apertura de los debates de este proceso, había sobrevenido un acontecimiento que tenía entonces á toda Alsacia indignada y que explica y justifica la actitud de la mayoría de los testigos, así como la moderación de esta sentencia.

Los acusados de la conspiración de Befort habían sido encarcelados en Colmar. Tres de ellos, Pailhès, Dublar y Buchez, recibían en la cárcel frecuentes visitas del teniente coronel de dragones Carón, quien había sido llevado, el año precedente, ante el Tribunal de los pares por algunas palabras sin importancia y fundadas en un solo testimonio. Compañero de prisión de Du-

blar y Pailhès con motivo de aquella causa y absuelto como ellos, pero condenado inmediatamente por el ministro de la Guerra al reemplazo sin sueldo, el coronel Carón se había retirado á Colmar. Casado y padre de familia, procuraba á sus amigos presos y á los compañeros de éstos los ligeros alivios que los recursos de la vida doméstica pueden proporcionar á las privaciones de la cárcel; carácter enérgico, corazón ardiente y generoso, había concebido el proyecto de libertarlos. En el muro que ceñía la parte posterior de la cárcel existía una puerta condenada, á la cual se podía llegar fácilmente por terrenos desiertos; el coronel tenía conocimiento de esta puerta; bastaba derribarla para penetrar en uno de los patios. Pero la empresa exigía el concurso de algunos hombres resueltos. Carón habló de ello á uno de sus amigos, ex oficial de cuerpos francos, el teniente Roger, entonces maestro de equitación en un picadero de Colmar, y á un sargento de la guarnición, llamado Delzaive, quien fingiendo la mayor irritación contra los Borbones, quejándose amargamente del olvido en que tenían sus servicios y necesidades, había conseguido que Roger y los acusados de Befort se interesasen por él y lo recomendaran á Carón. Delzaive se apresuró á comunicar la confidencia del coronel á sus jefes, quienes le ordenaron que aceptase sus proposiciones y ofreciera el concurso de otros tres sargentos, Magnieu, Thiers y Gerard. Este es aceptado por Carón, y los tres sargentos, presentados por Delzaive, no sólo se ponen á la absoluta disposición del coronel, sino que anuncian que sus camaradas, adversarios tan resueltos como ellos mismos del gobierno real, están dispuestos á tomar la parte más enérgica en toda tentativa que conduzca á la libertad de los acusados ó al triunfo de su causa. La fuerza que ofrecían á Carón sobra para derribar las puertas de una cárcel y era suficiente para reunir los numerosos elementos de insurrección que aún existían en las principales ciudades de aquella frontera, y que los sucesos del 1.º de enero habían dispersado sin destruirlos; el coronel ve la posibilidad de organizar una nueva sublevación política y se decide á intentarla.

Carón comunicó su proyecto á sus amigos prisioneros, quienes se limitaron á recomendarle la mayor reserva. A mediados de junio, acababa de anunciarles que la organización del movimiento tocaba á su fin, cuando uno de los gendarmes de servicio en el interior de la cárcel, y procedente del cuerpo de lanceros de la guardia imperial, llamó aparte á Pailhès y á Buchez, y les rogó que avisaran al coronel que *no se fiase*, pues la gendarmería había recibido orden de ejercer sobre él la vigilancia más severa. Este aviso hizo sonreír al coronel, que no temía ninguna indiscreción. Pocos días después, un cabo de gendarmería, antiguo granadero de la guardia imperial montada, hizo á los dos prisioneros la misma recomendación. «Decid al coronel Carón, añadió, que algunos compañeros y yo mismo hemos oído varias veces su nombre en boca de las autoridades. Vosotros, andad también con cuidado; no sé lo que se prepara, pero hay unos trabajadores que están tapiando una puerta condenada que da detrás de la cárcel.» Este nuevo aviso parecióle más serio que el anterior al coronel, que prometió suspender la ejecución de su proyecto. Pero algunos días después anunció á sus amigos que los sargentos Delzaive, Magnien, Thiers

y Gérard se le habían quejado amargamente de su silencio y de su inacción y le habían rogado que les concediese al menos una postrera entrevista en la selva de Brisach. «Mañana me encontraré con ellos, dijo á los dos presos, y tomaré una resolución definitiva.» En la visita siguiente les contó que, en efecto, se había verificado la entrevista; que los sargentos, al enterarse de las sospechas que parecía tener la autoridad, habían sostenido vivamente que tal cosa no era verosímil, y que habiéndoles propuesto esperar, suspender el movimiento, rechazaron este consejo con indignación. «Dueños como somos de los regimientos, le dijeron, toda vacilación, todo nuevo aplazamiento sería una traición á la patria y una cobardía; nos hemos comprometido demasiado con nuestros camaradas, para retroceder; si no os sentís con valor bastante para guiarnos hasta el fin de la senda por donde nos habéis arrastrado, haremos con vos como se hace con los cobardes; os denunciaremos para salvarnos.—Además, coronel, exclamó uno de ellos, no os debéis á nosotros solamente, sino también á esos patriotas de la conspiración de Befort, que destinan al cadalso.—Me han parecido tan sinceros y tan decididos, añadió Carón, que he tomado una resolución inmediata; el guante está echado; pasado mañana se sublevarán los dos regimientos.» En vano Pailhès y Buchez, á quienes sus guardias habían vuelto á anunciar que las autoridades se movían mucho y que, positivamente, *se preparaba algo*, trataron de hacer desistir al coronel de su resolución; éste les estrechó con efusión las manos y les dijo: «Es posible que me engañen, pero también es posible que los sargentos obren de buena fe. En la incertidumbre, no puedo ni debo vacilar; si logro mi objeto, libro á Francia de los Borbones y de su odioso gobierno, presto un inmenso servicio al país y consigo vuestra libertad. Si, por el contrario, sucumbo víctima de una traición, habrá un hombre menos, y ninguno de vosotros se hallará comprometido. Adiós.»

Dos días después, el 2 de julio, á las cinco de la tarde, en el momento en que los acusados de la conspiración de Befort se hallaban reunidos en el cuarto de uno de ellos, oyeron tocar la corneta; en seguida se abrió la puerta de la estancia y apareció precipitadamente el comandante de la plaza, pistola en mano. «¡Al que se mueva se le extermina!» exclamó. Acompañaba á este oficial un fuerte destacamento de soldados armados, que custodiaron á los presos mientras los agentes de policía invadían y registraban sus cuartos; hecha esta operación, el comandante y la tropa se retiraron, y la cárcel volvió á quedar en su habitual silencio. Pero el alboroto continuó en la calle; cerráronse las puertas; batióse general; fuertes patrullas de infantería, de gendarmes y de cazadores de caballería, con las armas cargadas, recorrían á paso de carga ó á galope todos los barrios de la población, ordenando á los transeuntes que se retirasen á sus casas; otros destacamentos recorren con igual rapidez las murallas y los paseos, arrojando de ellos á las mujeres y á los niños; el general comandante y el prefecto, de uniforme, visitan las plazas públicas y las puertas del recinto fortificado, hacen doblar la guardia, prohíben toda comunicación con los arrabales, ponen retenes fuera de la ciudad, en las encrucijadas y en los atajos, mientras el alcalde, espada en mano, seguido del primer teniente y de los municipales, dirige al comisa-

rio de policía hacia el domicilio de varios señores notables que ven en seguida sus casas guardadas por centinelas colocados dentro y fuera de los edificios.

¿A qué tanto ruido, tanto movimiento y tan amenazadoras medidas? El único hecho que podía señalarse era la salida de un escuadrón de cazadores del Allier, cuyos soldados, en número de noventa jinetes, sin más armas aparentes que sus sables, habían partido de la ciudad dos horas antes. Se decía que habían desertado. Aquella tropa, conducida por el sargento Thiers, era el escuadrón que había de dar la señal del pronunciamiento concertado con Carón y Roger; había salido de la plaza á las tres de la tarde, encontrando al coronel á un cuarto de legua de la ciudad. Carón iba vestido de paisano; un pelotón de sargentos le rodeó en seguida y se puso con él al frente del escuadrón, que continuó camino de Befort. Llegado cerca de Hastatt, á dos leguas de Colmar, el coronel apartóse un momento de las filas, se metió en un sendero hondo, y, al poco rato, reapareció con casco y uniforme de dragón y las insignias de su grado. Inmediatamente, el sargento Thiers dió la voz de ¡Alto! y presentó Carón á la tropa, añadiendo: «Mi coronel, os cedo el mando del escuadrón; mis cazadores y yo juramos seros fieles y obedecer vuestras órdenes.» Carón declaró aceptar el mando, y dirigió á los cazadores breves palabras enérgicas, terminando con el grito de «¡viva Napoleón II!» Este grito, repetido por los sargentos y los soldados, se repitió con fuerza mientras el escuadrón atravesó Hastatt. Pasado este pueblo, los cazadores abandonaron el camino de Befort, y, tomando á la izquierda, se dirigieron hacia el camino de Colmar á Mulhouse, que encontraron poco antes de llegar al pueblo de Mayenheim. En aquel momento, un escuadrón de cazadores de caballería de la Charanta desembocó igualmente en la carretera; al frente de él iba Roger, vestido de paisano, con un casco puesto y un látigo en la mano. Ambas tropas se juntaron á los gritos de «¡viva Napoleón II!, ¡abajo los Borbones!» y se detuvieron á la entrada del pueblo, en el cual únicamente entraron Roger, Carón y el grupo de sargentos que rodeaba constantemente á este último. El coronel ordenó distribuciones de vino, cerveza, víveres y piensos, que pagó de su bolsillo; y mientras descansaban los soldados, él y los sargentos, reunidos en la principal hostería, mandaron á llamar á los guardabosques y á un antiguo capitán de húsares, cuñado del hostelero, anunciaron la intención de hacer enarbolar la bandera tricolor en lo alto del campanario, y se enteraron de que podían contar con el concurso de la población. La actitud embarazada de algunos sargentos y las sonrisas que sorprendió en los labios de otros, sorprendieron al capitán haciéndole poner receloso; éste contestó que era ya muy tarde para que los habitantes salieran de sus casas y se pronunciasen, pero que, al día siguiente, la población entera no vacilará probablemente en seguir el movimiento. Se hallaban á medio camino de Colmar á Mulhouse; los dos escuadrones volvieron á ponerse en marcha, atravesando Mayenheim á los gritos de «¡viva Napoleón II!» y llegaron pronto á Ensisheim, pueblo grande, amurallado, en que se hallaba un presidio guardado por dos compañías de infantería y un fuerte destacamento de gendarmes. Carón quiso proponer á aquella tropa que le siguiera; uno de los sargentos, el que constantemente

le seguía más de cerca, hizo observar que mejor sería enviar desde luego una avanzada, que se ofreció á conducir; consintió en ello el coronel; el sargento partió al frente de unos cuantos cazadores, encontró á la pequeña guarnición sobre las armas á la puerta de la villa, se acercó al comandante, capitán Lafont, quien reconoció al recién llegado, cambió con él breves palabras y le dejó partir de nuevo. El sargento volvió al lado de Carón, y le dijo que, habiéndose olvidado de la consigna, inspiró fundados recelos, sobre todo á hora tan avanzada de la tarde, y que el comandante le impidió que se acercara, amenazándole con hacer fuego contra él si insistía. El coronel no quedó convencido y quiso renovar en persona la tentativa; pero los sargentos que le rodeaban volvieron en seguida á ponerse en marcha á los gritos de «¡viva Napoleón II!» arrastrando en pos de sí á los dos escuadrones y al propio Carón. La columna pasó por el lado de Ensisheim, y llegó, cerca de las once de la noche, á dos leguas de Mulhouse, al pueblo de Battenheim, donde se ordenó un nuevo descanso, pues había andado ocho leguas.

Carón y los sargentos entraron en una hostería cuyo dueño era alcalde del pueblo. «Ya no somos soldados del rey, exclamaron los sargentos; somos soldados de Napoleón II; ¿qué decís á eso, señor alcalde?» El hostelero eludió el contestar, y acompañó á sus nuevos huéspedes á una habitación del primer piso, en tanto que Roger cuidaba de que trataran bien á los caballos. Aquella pequeña columna de 200 hombres ¿se atrevería á ir á Mulhouse, ciudad de 12.000 almas, que contaba en sus suburbios 25.000 obreros, cuyo número podía aumentarse en pocas horas hasta 60.000 con los trabajadores de las manufacturas y fábricas de los pueblos vecinos? Carón había anunciado que algunos habitantes de Mulhouse saldrían al encuentro de la columna en Bettenheim; pero nadie se presentaba. ¿Esperarían al día siguiente? Los sargentos que agitaban estas cuestiones en una habitación inmediata á la sala en que se encontraba Carón, de quien se habían separado un instante, decidieron que la situación no podía prolongarse y que era necesario acabar; entraron y se sentaron á la mesa común; se les sirvió de beber; uno de ellos hizo una señal: de pronto, dos soldados, que estaban preparados á derecha é izquierda de Carón se le echaron encima y le derribaron; sus camaradas desvainaron los sables, armaron sus pistolas, y, rodeando al infeliz coronel, fuertemente sujeto al suelo, exclamaron: «¡Muera ese canalla! ¡Que le levanten la tapa de los sesos!» Uno de los sargentos abrió al mismo tiempo una ventana que daba al patio, llamó á Roger y le dijo que Carón preguntaba por él. Roger subió á toda prisa; pero apenas hubo pasado la puerta, cuando le cogieron y le derribaron junto al coronel. El alcalde, que asistía á esta escena, quiso retirarse, pero le injuriaron, acusándole de haber hecho avisar á los conjurados que se esperaban de Mulhouse. Mientras tanto, ataron de pies y manos á Roger, á Carón y al criado de este último. «¡Pillo!, decían al coronel los cazadores que lo maniataban; ¡nos has engañado! ¿Dónde están los conspiradores? Se les ha avisado; merecerías que te partieran la cabeza.» El sargento que, durante todo el camino, parecía vigilar á Carón con más cuidado que los demás, se acercó al alcalde, declaró ser el capitán

Nicol, ordenó que se diese alojamiento á los soldados, y firmó un vale de doscientas raciones pagaderas en Colmar. El día siguiente, 3 de julio, á las seis de la mañana, los dos escuadrones salieron de Battenheim, y á las once los cazadores del Allier entraron en Colmar á los gritos de «¡viva el rey!» Detrás de ellos avanzaba, en medio de un fuerte destacamento de gendarmería, un carro en que se veía á Carón y á Roger, sentados. El coronel, con un pañuelo á la cabeza y el casco junto á sí, presentaba sereno rostro y firme ademán; aún llevaba su uniforme, pero sin charreteras ni condecoraciones; su criado yacía en el fondo del carro.

El mismo día fué presa la esposa de Carón, y la justicia se presentó en los pueblos recorridos por los dos escuadrones, á fin de encausar á los habitantes que hubiesen contestado á los gritos sediciosos de los soldados con gritos semejantes ó con actos de simpatía. Carón, dado de baja y sin sueldo, y Roger, licenciado hacía tiempo, no pertenecían ya al ejército; sin embargo, fueron llevados ante el consejo de guerra de Estrasburgo, como acusados de excitación á la desertión. Esto, que era una violación de todas las leyes, ocasionó en la sesión de 22 de julio un incidente parlamentario. La Cámara discutía los presupuestos del ministerio de la Justicia; Benjamín Constant se quejaba de la violencia desplegada por la magistratura en la persecución y en la represión de delitos sin gravedad, mientras que permanecía indiferente al acto ilegal y culpable que arrebató dos paisanos á sus jueces naturales, contra la letra expresa de la Carta y el texto preciso de las leyes. El ministro del ramo, Sr. Peyronnet, insistió en afirmar que Carón y Roger habían tratado de sublevar las tropas del rey bajo la bandera de los rebeldes.

El general Foy contestó que á quien se debía procesar era á los militares que á los gritos de «¡viva el emperador!» habían sobornado á Carón y á Roger, tendiéndoles un lazo indigno.

Los diputados de la derecha produjeron un gran tumulto que ahogó la voz del orador.

Por fin el general Foy pudo manifestar que si á Carón y á Roger se les privaba de sus jueces naturales, era porque la población fué testigo de la infame celada de que habían sido víctimas, y que no se encontraría allí un solo jurado que no les absolviese.

Siete semanas después, Carón y Roger comparecieron ante el consejo de guerra de Estrasburgo. Por las declaraciones se supo que, aun cuando Carón, en su entrevista con los sargentos en la selva de Brisach, hubiese persistido en su proyecto de renunciar al movimiento ó retrasarlo, no hubiese escapado á la suerte que le estaba reservada. Durante aquella entrevista, y por orden del general Rambourg, comandante del departamento, y del marqués de Chabannes la Palice, coronel de cazadores del Allier, había otros dos sargentos emboscados á poca distancia del sitio de la entrevista, á fin de echarse sobre el coronel, si resistía á las instancias que se le iban á hacer para la ejecución del complot, prenderlo con ayuda de sus camaradas y entregarlo luego á la justicia como culpable de una tentativa de soborno con todos ellos.

El consejo de guerra condenó por unanimidad á Carón á la pena de muerte, y envió á Roger ante los jueces competentes para responder de la acusación de complot contra la seguridad del Estado. Carón apeló ante el tribunal de casación; pero al reunirse éste el día señalado para el juicio, no pudo dictar sentencia, porque se enteró de que la antevíspera el coronel, á pesar de su apelación, había sido pasado por las armas.

El 12 de julio, es decir, diez y ocho días antes del fusilamiento de Carón, los traidores que le tendieron la infame emboscada habían sido públicamente recompensados por el rey. El general Pánfilo Lacroix reunió en el Campo de Marte de Colmar al 46.º regimiento de línea y á los dos regimientos de cazadores de caballería del Allier y de la Charanta. Después de haberles pasado revista, les hizo formar en círculo, y, colocado en el centro, pronunció un discurso en que se encontraban estos pasajes: «El padre de la patria, sonriendo á la fidelidad de sus hijos, se complace en derramar sobre ellos sus beneficios á manos llenas: el capitán Nicol es ascendido á jefe de escuadrón; los sargentos Thiers, Gerard y Magnieu son nombrados subtenientes. El rey ha llevado su benevolencia paternal al extremo de encargarme que entregue á cada uno de estos sargentos, así como á Delzaive, de igual graduación, una gratificación de 1.500 francos.» ¡Tristes recompensas, que tendían sólo á sembrar las pasiones más vergonzosas en las filas del ejército, y que éste, profundamente herido en su sentimiento moral, no vaciló en estigmatizar!

Pocos meses después, el 23 de febrero de 1823, Roger, acusado de complot contra la seguridad del Estado, compareció ante la Audiencia del Mosela, con Forel, ex oficial de la guardia imperial, y Jousseaud, hijo de un comerciante de los Vosgos. El jurado absolvió á estos dos últimos; y Roger, declarado culpable, fué condenado á muerte. Recomendado á la clemencia real, se le indultó, pero conmutándosele la pena capital por la de veinte años de trabajos forzados y la exposición pública. Se le aplicó esta última pena en la plaza principal de Metz. Un gentío inmenso rodeaba la plataforma en que se alzaba la picota á la que le ató el verdugo, poniendo al cuello una argolla de hierro. Aquel gentío borró con las demostraciones de su simpatía y de su piedad la ignominia del castigo; un habitante de la ciudad llamado Watrín subió resueltamente al patíbulo y puso una corona de roble sobre la cabeza del reo, con aplauso de millares de espectadores, que mientras duró la exposición cubrieron la plataforma de flores y ramas de laurel. Pocas semanas después, Roger fué enviado al presidio de Tolón, siendo indultado á los dos años por mediación de madama Recamier y de Chateaubriand.

Un escritor realista contemporáneo, Carlos de Lacretelle, dice en el tomo tercero, capítulo veintitrés de su *Historia de Francia*: «Creo poder establecer como un hecho cierto que la invención del lazo tendido á Carón y á Roger pertenece al ministerio y que las autoridades militares recibieron la misión de ejecutarlo.» Los autores y cómplices de este sangriento episodio, á solas con el grito de su conciencia, quizá han envidiado más de una vez la suerte de sus víctimas.